

Mario Rapoport, *Tiempos de crisis, vientos de cambio. Argentina y el poder global*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2002, 403 páginas.

El presente libro compila artículos del autor y varios ensayos –algunos en colaboración–, como así también entrevistas que le efectuaron en destacados medios locales, entre 1997 y fines de 2002.

La obra está dividida en tres partes: la primera analiza la globalización y la crisis mundial; luego, el estudio se centra en la crisis argentina y, en una tercera parte, reúne una serie de entrevistas en las que el autor expone sus reflexiones sobre un amplio espectro temático.

En la estructura del texto adquiere relieve el desmontaje de los mitos con los que teóricos y especialistas contribuyen a velar la posibilidad de conocer la crisis mundial y nacional. El más notorio es el que presenta a la globalización como un proceso reciente, ignorando que este concepto ya fue contemplado por otros historiadores al analizar el desarrollo del sistema capitalista desde sus orígenes, geográficamente localizados en el norte de Europa. Lo que distingue a la actual etapa globalizadora es la desregulación financiera que generó una “economía internacional de especulación”, en la que operan transnacionales y grupos financieros a través de arbitrajes permanentes entre capitales comprometidos en diferentes actividades.

Otro mito contra el que arremete Rapoport sostiene que la “nueva” globalización conduce a la desaparición del estado-nación. Ello es desmentido por el rol central que el estado sigue conservando en los países centrales como instrumento para garantizar la competitividad internacional de cada uno de ellos. En este

marco, el *establishment* norteamericano ha generado una alternativa globalista-nacionalista destinada a afirmar la hegemonía de Estados Unidos en el escenario mundial. Por otra parte, la supuesta constitución de un nuevo orden mundial donde las soberanías nacionales quedarían subordinadas a reglas supranacionales no tiene un correlato real. La comunidad internacional sigue siendo una comunidad de naciones con potencias hegemónicas y países periféricos, donde la cúpula expresa el poder estratégico de los Estados Unidos y una "tríada" (la nación del Norte, la Unión Europea y Japón) con acuerdos y conflictos, pero sin ajustarse a reglas fijas.

La transnacionalización financiera propia de la presente globalización lejos de conducir a un imperio universal del capital ha impulsado la regionalización, nueva forma de un fenómeno ya conocido en otros períodos de la historia mundial. La regionalización aparece como la contracara de la globalización y conduce al desarrollo desigual y a la diversificación del poder en un mundo multipolar.

La performance de la economía mundial en los últimos treinta años desmiente la existencia de un período de crecimiento económico. Las cifras presentadas por Rapoport muestran que las tasas de crecimiento anual del conjunto de los países más desarrolladas han experimentado un fuerte descenso, mientras que los ingresos mundiales por habitante han evolucionado negativamente.

Tampoco el triunfo definitivo del libre comercio y el multilateralismo comercial, como pontifican sus ideólogos, acompaña a la globalización. El proteccionismo, la regulación y las barreras no tarifarias al comercio mundial, tanto estatales como regionales, no son sustancialmente diferentes a las existentes en la economía occidental en las décadas de 1950 y 1960. Por otro lado, gran parte de los flujos comerciales son el resultado de la intensificación del comercio en el interior de los bloques regionales más que del comercio entre distintas regiones. Además, el predominio de las grandes corporaciones determina que en lugar de un comercio verdaderamente libre se verifique un comercio "administrado" en el interior de dichas corporaciones.

Otro de los mitos del proceso de globalización es la cuestión de la competitividad. Basadas en la realidad y en las necesidades de los países desarrollados, las reformas económicas orientadas a promover la competitividad tienen efectos negativos sobre las sociedades —eliminación de pequeñas y medianas empresas, desempleo, destrucción del medio ambiente— que no siempre resultan compensados por la mayor inserción internacional o, directamente, son injustificadas.

Al abordar el escenario de fin de siglo, Rapoport afirma que la crisis mundial muestra los límites del proceso de globalización. Favorece a sectores acotados de la población mundial, pone en cuestión la sustentabilidad del sistema, precipita el divorcio creciente entre el sector financiero y la economía real, así como entre la producción y el consumo.

Por otra parte, la globalización financiera no adquirió la intensidad que postulan sus ideólogos. Tanto en los países centrales como en los países emergentes, el ahorro externo no tiene la relevancia que tiene el interno en la financiación de la inversión doméstica. Por el contrario, a fines del siglo XIX y principios del siglo

XX, los índices de movilidad del capital triplicaban a los actuales y la potencia hegemónica, Gran Bretaña, invertía en el exterior casi tanto como en su propio país.

El neoliberalismo es el discurso que acompaña al actual proceso de globalización. No es su singularidad lo que proyectó a esta ideología como paradigma del pensamiento económico. Fue necesaria la crisis de la década de 1970, punto de inflexión de uno de los llamados “ciclos largos” de la historia del capitalismo, con la recesión, la caída de rentabilidad en los sectores productivos, la acumulación de capitales líquidos, la inflación generalizada y la desaceleración de las tasas de crecimiento, para abrir un espacio a las ideas de Von Hayek y Milton Friedman. Fue entonces que los paradigmas keynesianos, considerados responsables intelectuales de la crisis, fueron puestos en cuestión. La caída del “socialismo real” fue la vuelta de tuerca que contribuyó a desacreditar las políticas estatistas y a promover la desregulación total de los mercados.

El “nuevo” paradigma fue sacralizado por el “Consenso de Washington”. Autoridades del FMI, Banco Mundial, bancos de inversión y empresas transnacionales acordaron las ideas que debían presidir las distintas economías: control del gasto público y disciplina fiscal, liberalización del comercio y las finanzas, fomento de la inversión extranjera, privatización de las empresas públicas, desregulación y reforma del estado.

En varios países, sobre todo en Estados Unidos, numerosas instituciones difundieron estas ideas. Organismos económicos internacionales, fundaciones de grandes empresas que financian universidades y cátedras de economía y administración, impusieron el nuevo credo. Así se perfiló lo que terminó denominándose el “pensamiento único”. Sin embargo, las recetas del neoliberalismo se revelaron incapaces para revertir la fase recesiva del ciclo iniciado en los años setenta.

Si las grandes potencias pudieron acordar alrededor de los criterios que informan al “pensamiento único”, más contradictorio resulta el ejercicio del poder “global”. A despecho de las creencias sobre un mundo sin crisis, unificado alrededor de los principios del neoliberalismo y armonizado por los acuerdos entre las grandes potencias, el mundo se ha vuelto un lugar cada vez más inestable y violento. Con el telón de fondo de una recesión irreductible, las ambiciones estratégicas y económicas del gobierno de los Estados Unidos despiertan recelos y oposiciones en diversas partes del mundo. Buscando escapar de la crisis, Washington procura afirmar su posición geopolítica asentada sobre la superioridad militar reactivando su economía con grandes inversiones en el complejo militar-industrial. De esta manera, trata de compensar los desafíos que en el campo económico, financiero y científico-tecnológico le plantean las potencias competidoras. Sin embargo, los países europeos denuncian el “unilateralismo” del gobierno de Bush y recurren a los organismos internacionales para procurar el control de los dirigentes de Washington, cuestionan su pretensión a reclamar privilegios especiales y su reticencia a comprometerse en acuerdos multilaterales. Una profunda grieta separa a Europa, interesada en preservar el imperio de las instituciones internacionales, de unos Estados Unidos no dispuestos a aceptar restricciones a su poder. Rapoport percibe que estas contradicciones en el seno del “poder global”

pueden generar una brecha susceptible de ser aprovechada por los pueblos y naciones víctimas de ese poder.

En la segunda parte, Rapoport aborda la política exterior argentina, las relaciones con EEUU y Brasil, los cambios que se insinuaban en este último país y las raíces de la crisis local. En aquella política reconoce tres momentos: en primer lugar, la neutralidad adoptada por la Argentina durante gran parte de la Segunda Guerra; luego, las relaciones entre el gobierno de Perón y los Estados Unidos, hasta el derrocamiento del presidente argentino en 1955 y, finalmente, las alternativas que siguieron a partir de entonces, hasta el último advenimiento de la democracia en 1983, en el marco de la Guerra Fría.

A esta última etapa se refiere el análisis de las políticas de los Estados Unidos con respecto a Latinoamérica. Al efecto, se estudian las alternativas de los golpes militares en Argentina y Brasil durante la década de 1960 y las características de los vínculos que la potencia hegemónica estableció con las fuerzas militares de la región. El artículo respectivo viene acompañado con un documento secreto del Departamento de estado que revela las pautas inspiradoras de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

El balance de las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos pone de relieve los costos de la alineación automática aconsejada por los ideólogos del "realismo periférico". En este aspecto, Rapoport anticipa la necesidad de un replanteo de la política exterior argentina donde la prioridad debe ser el Mercosur como condición para negociar con diferentes bloques en posiciones más ventajosas y como ámbito para discutir la factibilidad del ALCA.

Los antecedentes históricos muestran que el ALCA es una versión de la vieja aspiración estadounidense destinada a imponer sus intereses estratégicos y económicos en la región. Frente a esta propuesta avasalladora, diversos proyectos locales en el siglo XX procuraron crear mecanismos de protección de la producción y el comercio propios. Entre las pretensiones de EE.UU. y las que encuentran sus remotos orígenes en las de los libertadores San Martín y Bolívar, Rapoport entiende que "se resolverá el futuro de nuestro continente".

La elección de Lula, según el autor, significó la aparición de "vientos de cambio" en el Cono Sur, sin ignorar las dificultades que iban a plantearse al nuevo presidente para llevar adelante una política alternativa. El artículo respectivo compara los procesos de industrialización en Brasil y la Argentina y señala que en el país vecino, contrastando con nuestro país y como resultado de una estructura social con perspectiva nacional, hubo un mayor compromiso, aun con políticas neoliberales, en la promoción de la industria. No obstante, las políticas neoliberales operaron transformaciones en la década del noventa "que plantean algunas dudas sobre el margen de maniobra del próximo gobierno".

En agosto de 2002, durante una conferencia pronunciada en la Universidad de San Juan, Rapoport analizó las raíces de la crisis argentina actual. El punto de partida lo ubicó en la dictadura militar, cuando se instala un esquema aperturista de carácter rentístico-financiero que condujo al desmesurado endeudamiento externo de nuestros días, a la fuga de capitales, a una insólita redistribución regresiva

de los ingresos y a fuertes tasas de desempleo. Los episodios de diciembre de 2001 señalaron la necesidad de cambios.

En línea con esos cambios y anticipando el discurso de estos días, Rapoport planteó la necesidad de recuperar la memoria del propio pasado. Por un lado, debía reconstruirse la cultura del trabajo y de la producción basada en la justicia y la equidad social. Por otro, retomar las políticas activas de empleo e inversión, poner el énfasis en el mercado interno y renegociar la deuda externa para evitar su impacto sobre el gasto público.

Al revisar la historia del endeudamiento externo argentino el autor reconoce varios períodos de intenso crecimiento —el último de los cuales proyecta sus consecuencias hasta la actualidad— y establece una vinculación entre esas etapas de fuerte toma de créditos por parte de la Argentina y las fases recesivas de los ciclos económicos mundiales. Mientras que en las fases expansivas, el país encontró dificultades para tomar préstamos, “en las coyunturas adversas fueron los propios prestamistas quienes se esforzaron por dinamizar la operatoria crediticia”. Por otra parte, las diversas etapas de endeudamiento han significado el pago de elevadas tasas de interés que significaron un fuerte drenaje de recursos, ya que los saldos comerciales fueron siempre insuficientes para cancelar los intereses devengados. De ahí los recurrentes problemas en el balance de pagos y el recurso a las devaluaciones y a un mayor endeudamiento, con lo que la deuda externa se convierte en la causa autónoma de su propio crecimiento. Finalmente, se culmina inexorablemente en una cesación de pagos o en algún tipo de moratoria.

Ante estos resultados negativos del endeudamiento, el autor se pregunta el porqué de la recurrencia al mismo. Y entre las respuestas que propone se destaca, en primer lugar, la que hace referencia a la debilidad de la estructura productiva que no genera los recursos suficientes y no logra una acumulación suficiente para financiar autónomamente un proceso de crecimiento sostenido. La debilidad productiva tiene como efecto una baja fuente de ingresos públicos que combinada con costosos requerimientos de auxilio social y productivo al estado, provoca recurrentes desequilibrios fiscales. En coyunturas propicias, los desequilibrios son cubiertos con préstamos del extranjero pero cuando las condiciones de financiamiento externo se endurecen la debilidad productiva se acentúa “porque a las necesidades internas se les suma ahora el servicio de los préstamos”.

Este análisis de los procesos de endeudamiento externo culmina con una propuesta para renegociar la deuda actual. La misma incluye “una reducción de tasas y plazos mayores, una quita sustancial del capital adeudado y una discriminación entre deuda legítima e ilegítima”. En estos términos, la renegociación descomprimiría las tensiones económicas internas y liberaría recursos para estimular la reactivación mediante políticas activas que permitan la reconstrucción del tejido industrial y la creación de puestos de trabajo.

La tercera parte comprende una serie de entrevistas realizadas al autor entre setiembre de 1998 y agosto de 2002, donde destaca el itinerario de la crisis, anticipa su desenlace y propone alternativas. Historiando la crisis, Rapoport rastrea su incubación durante la dictadura militar cuando, tras el objetivo político de

aplastar las fuerzas políticas, sindicales y los movimientos populares ligados al proceso de industrialización, se impuso un modelo rentístico financiero que adquirió su pleno desarrollo durante el menemismo. También cómo el delarruismo, al intentar salvar el conjunto de intereses que sostenían ese modelo, profundizó la crisis. Ante este panorama, Rapoport llama a pensar caminos alternativos, cambios de rumbo. Un plan alternativo requería una decisión política a partir de una nueva coalición social integrada por los sectores de la producción con voluntad de cambio.

En mayo de 2001, ante el fracaso del “blindaje”, destacaba la necesidad de seguir un camino inverso al seguido hasta entonces. Las políticas de ajuste impedían salir de la depresión, la deuda se volvía impagable y “el *default* no podría evitarse”. Pocos meses después, en setiembre de 2001, recomendaba salir de la convertibilidad, provocar un *shock* distributivo para potenciar el mercado interno y “renegociar la deuda para pagarla con lo que producimos”.

Luego de las instancias dramáticas del 19 y 20 de diciembre, en una entrevista efectuada por un periodista brasileño, Rapoport afirmó que el modelo económico estaba terminado y proponía cuatro medidas urgentes: desdolarizar, pesificar todos los activos y pasivos de la deuda interna, aplacar la indigencia e invertir en obras públicas. Asimismo, alertaba sobre el peligro de un vacío de poder y sobre la ceguera de la mayoría de la clase política.

A lo largo de su trayectoria como investigador y docente, Rapoport ha perseverado en su labor de iconoclasta. En esta obra ha desplegado su artillería desmontando los lugares comunes que transformados en mito han predicado los epígonos del “pensamiento único”. En ese sentido, señala los efectos deletéreos de las concepciones gestadas al servicio de intereses extranacionales que, a la vez, han obliterado la conciencia y defensa de los propios y falseado el pasado histórico.

Esta obra sale al cruce de las interpretaciones de consultoras, economistas y estudiosos que saturaron los medios durante la década pasada formulando diagnósticos y propuestas desde la supuesta asepsia de la ciencia. Con farragosa terminología técnica, enmascararon las opciones ideológicas en que se apoyaban sus planteos. Pero, fundamentalmente, preservaron sus ingresos ante el temor a quedar desempleados si sus recetas no resultaban funcionales para los intereses de quienes los contaban entre sus asalariados. En este aspecto, el texto que se reseña con sus constataciones y pronósticos constituye una saludable reacción frente al lavado de cerebro y un llamado en favor de los intereses nacionales.

No es fácil pensar en tiempos de crisis. Las certidumbres se desmoronan y la búsqueda de nuevos rumbos parece azarosa. Sin embargo, hay premisas que son insoslayables y tienen que ver con el lugar epistemológico desde donde se reflexiona. Así lo cree Rapoport al proponer la investigación de los hechos “a partir de enfoques y perspectivas propias”.

María Seoane, *El saqueo de la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2003, 575 páginas.

Las políticas económicas instrumentadas en los noventa y el copamiento de las estructuras del estado por políticos ligados previamente, a partir de la gestión pública, al mundo de los negocios, y que desarrollaron lazos inescrupulosos e incluso mafiosos, generaron la mayor regresión en la historia de la Argentina y, según María Seoane, establecieron las bases de la peor crisis económica y social de nuestra historia contemporánea. Las evidencias empíricas del retroceso son absolutamente contundentes demostrando el efecto perverso de las políticas económicas de los noventa y del accionar desquiciante de los actores que las aplicaron. El declive argentino fue además singular en el mundo ya que más allá de lapsos asociados con guerras, invasiones o calamidades naturales, ninguna otra nación contabilizó una regresión similar. La debacle de la Argentina fue en cambio provocada desde el interior de la Nación y se gestó a través de una nítida colusión entre grupos de negocios y políticos, locales y externos. Esa amalgama impuso intereses sectoriales y minúsculos, casi siempre contrarios al bienestar colectivo.

El libro de María Seoane desentraña y explica esa red de intereses y detalla la maraña de múltiples hechos espúreos gestados durante los gobiernos instalados en la Argentina en los años noventa. Conforman, sin duda, un valioso documento para comprender las atrocidades económicas y sociales cometidas durante los trece años posteriores a la primera hiperinflación argentina, la que se produjo en 1989. Constituye, indudablemente, un recorrido doloroso sobre el saqueo que padeció la Argentina de esos años (una nueva década infame) mostrando que no quedó ningún espacio del poder y de las instituciones sin ser copado y contaminado por los grupos que lo llevaron a cabo.

Numerosos atributos posee el libro de Seoane. Contextualiza, correctamente, el saqueo de los noventa desde una perspectiva histórica. Como su antecedente más cercano nos remite a expropiaciones similares ocurridas durante el gobierno militar de la segunda mitad de los setenta, donde se comenzó a construir el poder económico que prevaleció en las décadas posteriores, a lo que se sumaron, en este caso, las atrocidades cometidas por el terrorismo de estado. Esta conjunción produjo un saqueo desquiciante de los recursos públicos y endeudó enormemente a las generaciones futuras. Episodios que se produjeron durante el tercer gobierno peronista, el de Juan e Isabel Perón, y las políticas económicas del gobierno de Onganía, de la segunda mitad de los años sesenta, también son empleados por Seoane para describir la espesa red de intereses que dominó la economía argentina en esos años.

Detalla, asimismo, con una contundente base empírica y de nombres, los hechos que conformaron el saqueo: describe a los actores que gestaron las privatizaciones de las empresas del estado, realizadas en forma subrepticia, con nítidas colusiones entre el poder político y el de los negocios, donde predominaron las coimas y las asignaciones digitadas; describe el conjunto de intereses y de negocios que llevaron a la carencia de regulaciones con posterioridad a la venta de las

empresas del estado; muestra y contabiliza nítidamente los negociados que indujeron el crecimiento de la deuda externa mientras se desnacionalizaron los servicios públicos; demuestra la corrupción que se corporizó en numerosas contrataciones realizadas por bancos y organismos estatales, desentrañando la red de políticos, funcionarios públicos y empresas externas y locales que participaron de esos negociados y que incluyen el pago de abultadas coimas y otras ilegalidades.

Identifica, luego, los vínculos que se formaron entre políticos y empresarios internos y externos, muchos de los cuales ya habían operado desde los años sesenta, como los del Banco General de Negocios, el que operó alrededor del privatizado Banco de Mendoza y el CitiGroup, que conformaron los paradigmas expoliadores de los noventa, en cuyos directorios participaron funcionarios de gobiernos anteriores, que habían gestado expropiaciones semejantes de los bienes de la Nación, junto con ex funcionarios del gobierno estadounidense y banqueros inescrupulosos.

Singulariza también la participación de funcionarios y ex funcionarios de otros países en la concreción del saqueo. En el libro aparecen repetidamente ex funcionarios del gobierno de los Estados Unidos, como David Mulford, que cobraron abultadas comisiones por el manejo de operaciones financieras, especialmente por el megacanje, propiciado precisamente por él y por otros banqueros locales, y que se transformaron en grandes acreedores del gobierno argentino luego del default de 2002.

Entre otras cosas, analiza, en particular, la creciente preponderancia del lavado de dinero proveniente del tráfico de drogas y armas, legitimado desde las autoridades económicas y las del Banco Central; y la concreción de canales de exportación falsos con el propósito de captar beneficios impositivos locales, negocios que habían sido conceptualizados como la expresión del éxito exportador del modelo económico neoliberal y de la convertibilidad.

Construye, finalmente, una profunda cronología de la debacle de los gobiernos de Menem y de la Alianza, singularizando hechos y personas que la historia sin duda calificará de patéticos y que operaron como causantes de la formación y agudización de una Argentina ya desquiciada.

El trabajo de Seoane se adiciona sin duda a un conjunto de valiosos libros realizados por periodistas argentinos denunciando los horrores y las mecánicas espúreas que ligaron la acción de los gobiernos y personajes políticos con los negocios durante la década de los noventa. Constituye, sin duda, un referente ineludible para comprender una etapa realmente negra de la historia económica y política de la Argentina.

El libro abre y responde numerosísimas preguntas que, lógicamente, continuarán siendo el eje de investigaciones futuras. La profusa información volcada por Seoane induce varias líneas de interrogantes, pero una básica se orienta hacia la comprensión de la morfología de la sociedad argentina. ¿Cómo se gestó y estructuró el dominio de las prácticas contrarias al interés colectivo sin que se produjera su cuestionamiento?, ¿por qué la sociedad argentina permitió que se cometieran de manera repetida esos avasallamientos sobre los bienes públicos y sobre

sus niveles de bienestar, tanto presentes como futuros?, ¿cómo pudieron grupos mafiosos, contrarios a los intereses colectivos, y con el nítido propósito de apropiarse de los bienes y de las cajas del estado y de lograr ganancias rápidas desde el ejercicio del gobierno, copar el estado y cumplir con sus objetivos?

La de los noventa no fue la primera década donde dominaron las apropiaciones ilegales y también legales de bienes de la Nación y de fondos públicos y donde se comprometieron los ingresos de las generaciones futuras. Existieron numerosas otras ocasiones que contabilizaron saqueos semejantes y que hacen más patético el de los años noventa. Por eso la sociedad argentina necesita crear mecanismos para otro “nunca más”. En realidad, para que no se repita el copamiento de las instituciones de la Nación por intereses espúreos que gestaron enormes daños, es imperioso conocer la lógicas que facultaron la apropiación del estado, desentrañar los grupos que perpetraron el saqueo, conocer las ideologías que lo facilitaron y legitimaron, desentrañar los vínculos entre lo interno y lo externo y comprender las mecánicas que se emplearon para saquear a la Argentina. También, y como correctamente plantea María Seoane, es necesario construir el Nunca Más del neoliberalismo y de todas las formas y plataformas que pueda asumir. Su libro es, sin duda, un aporte valiosísimo en esa dirección y será un referente utilizado en futuras investigaciones.

Guillermo Vitelli

Oswaldo Barsky y Julio Djenderedjian, *Historia del capitalismo agrario argentino*, tomo 1: “La expansión ganadera hasta 1985”. Editorial Universidad de Belgrano y Siglo XXI Editores, Argentina, año 2003, 536 páginas.

Como lo informan sus autores este libro constituye el primer tomo de una investigación de largo aliento, dirigida por Oswaldo Barsky, que promete ser monumental ya que constará nada menos que de ocho volúmenes. Su objetivo proclamado es “sistematizar el conocimiento acumulado sobre la evolución del agro pampeano, principal sector productivo de la Argentina, motor decisivo de su desarrollo inicial y – aún hoy – factor relevante en la economía nacional, particularmente en relación con las exportaciones”. Lo cierto es que, por lo menos en el primer tomo, y en buena hora, la obra avanza mucho más allá de la mera “sistematización de conocimientos” para tomar partido una y otra vez a lo largo de todo el texto en el viejo debate acerca del “estancamiento agropecuario argentino”, confrontando con la que los autores definen como la visión tradicional del agro pampeano, cuyo paradigma siempre fue el clásico libro de Oddone *La Burguesía Terrateniente Argentina*. Juzgan que tales visiones tradicionales “no pueden despegar su mirada primitiva de la posesión de la tierra y ello les impide comprender las formas específicas en que se ha construido el capitalismo agrario pampeano”. Con buen criterio, hacen su crítica a partir de contrastar los datos históricos acer-

ca de lo que pasó efectivamente en el agro pampeano frente a la discusión meramente académica basada en un diagnóstico que juzgan superficial e ideologizado.

El tema, sin duda, tiene importancia central, no sólo para dilucidar una vieja polémica utilizando cabalmente los instrumentos del análisis histórico, que permitan comprender “cómo el capital penetraba en el agro y subordinaba a los otros factores productivos, incluida la tierra “sino, precisamente, a partir de tal comprensión, juzgar el rol –pasado y presente– que les toca a estas actividades en el destino de nuestro país y lo que se puede esperar tanto de las mismas como de los actores económicos involucrados en el proceso de acumulación en que debe basarse el desarrollo de la economía nacional.

En tal sentido, la presentación por parte de los autores de argumentos analíticos y datos específicos que son decisivos para demostrar el permanente carácter capitalista en la evolución del agro pampeano (una discusión, respecto a la visión “feudal”, que queda así virtualmente saldada) constituye un aporte que merece ser encomiado. Otro tanto ocurre respecto a la demostración del grado en que ese tramo del empresariado supo incorporar, desde mediados del siglo pasado, las cruciales y permanentes innovaciones tecnológicas desarrolladas a partir de investigaciones básicas llevadas a cabo por instituciones estatales como el INTI, probablemente la institución más simbólica de la época en que nos incorporamos a la modernidad.

Casi puede decirse que esta obra es una excusa para volver una y otra vez, a lo largo de todo el texto, a exponer una fuerte objeción respecto a la interpretación tradicional que los sectores del pensamiento crítico han tenido a cerca de la realidad pampeana, que podríamos ejemplificar en las tesis de Oddone y en la numerosa bibliografía sobre esta temática que los autores juzgan como marcadamente impresionista y ubicada “más cerca de la verosimilitud que de la verdad”.

Le reconocen a tal versión, eso sí, la indiscutida capacidad de atracción que siempre tienen las explicaciones simplistas. De acuerdo a la misma, la problemática del sector se sintetizaría en un patrón de acumulación fuertemente concentrado en la apropiación de la tierra, donde predominan relaciones de carácter semi feudal en muchos casos, y en una subordinación técnica del crecimiento agrícola a la expansión de carácter extensivo en la producción ganadera. Según esta visión de las cosas, el curso seguido por el sector habría llevado a la conformación de una virtual aristocracia ganadera que, por su propio carácter retardatario, se había convertido en uno de los principales obstáculos, no solo al pleno desenvolvimiento capitalista del sector sino a la posibilidad de un armónico crecimiento de la economía en su conjunto.

Colocados francamente en el otro extremo del análisis, los autores explican, primero, la correlación de factores que determinaron a partir de la segunda década del siglo XIX la expansión de la actividad ganadera extensiva en la provincia de Buenos Aires y no sólo como una consecuencia de la enfiteusis rivadaviana. Consignan además una correlación de factores que, por entonces, tornaron a la inversión en ganado como la opción más atractiva para el capital. Ello fue facilitado por la transferencia gratuita de tierras públicas permitiendo que el factor más

escaso, el capital, se asignara en compra de animales, equipamiento y el desarrollo de la empresa ganadera en una escala espacial mayor, necesaria para hacerla rentable. De paso señalemos que Rivadavia es un prócer por el cual no ocultan su simpatía, en contrapartida a lo que fue la gestión de Rosas en esta materia específica.

En consecuencia, el comportamiento de los ganaderos, lejos de constituir una actitud retrógrada ejerció un efecto altamente modernizante, donde la apropiación de la tierra permitió la instalación de empresas productivas en las dimensiones y con la combinación de factores productivos que, para la época, eran óptimas para lograr un desarrollo capitalista exitoso. Esta afirmación esta abundantemente fundada y reaparece virtualmente en cada capítulo de la obra.

Otra observación que merece ser subrayada es la necesidad de no identificar automáticamente terrateniente con estanciero. Señalan que a lo largo del tiempo ganó importancia un amplio sector de estancieros, especialmente de tipo medio, que acceden a la tierra, fundamentalmente, a través del arrendamiento.

A partir de reconocer esta correcta lectura de las razones económicas que explican los hechos históricos, debe también señalarse que ciertas conclusiones de los autores parecen algo inspiradas en el entusiasmo que les provocan los avances en sus investigaciones, quizá anticipándose a los resultados finales de las mismas.

Tal es la sensación que tenemos, por ejemplo, ante el siguiente párrafo, cuyo eje conceptual se reitera en varias oportunidades: "Parece necesario plantearse entonces la posibilidad de que, dentro de una estructura agraria compleja, hayan convivido diversos tipos de productores como por ejemplo un sector de vanguardia, dueño de valiosas extensiones de tierra –por otra parte más valiosas por su ubicación que por su extensión–, de planteles de ganado refinado y de capital para invertir arriesgadamente en los rubros de punta; otros sectores de grandes estancieros dueños de propiedades situadas en áreas más lejanas, cuyo ingreso en las pautas productivas avanzadas fue más lento; y una gran proporción de productores de tipo medio, cuyo limitado capital rendía más invertido en ganado y en infraestructura que en tierras, para los cuales por lo tanto la opción del arrendamiento era muy conveniente. A este panorama habría que agregar todavía una multitud de otros grupos cuyos casos sería necesario estudiar."

Consignan también, al concluir su obra que "el ascenso económico desde los estratos más bajos de la escala estuvo abierto y fue posible para muchos, pero sobre todo para quienes abordaron los rubros de punta y pudieron soportar las malas coyunturas, a la vez que se dedicaron con pasión a aprender los detalles de su actividad, a fin de introducir en ella modificaciones que fuera mejorando sus ganancias".

Entendemos que este entusiasmo schumpeteriano que muestran los autores no está aún totalmente fundado. Probablemente resultará fortalecido en los tomos siguientes. Al analizar el conjunto de la actividad rural no se puede dejar de considerar fenómenos tales como el de la situación desigual en que se encontraban los pequeños chacareros empobrecidos, tanto respecto a los grandes produc-

tores como en relación a las cerealeras, los invernadores o los frigoríficos. Otro tanto en relación al impacto retardatario y discriminatorio de la conducta monopólica ejercida por el ferrocarril, la ausencia de infraestructura de almacenaje y/o la asignación discriminada del crédito por la banca pública a favor de determinados intereses privilegiados, entre otras distorsiones acerca de las cuales abundan los análisis históricos. Todo ello sin omitir tampoco las sórdidas relaciones de explotación tejidas por la gran burguesía rural con aparceros y arrendatarios temporarios, que tanto aportaron a la formación de la renta apropiada por los empresarios rurales en la época comprendida por este libro.

Seguramente, todos estos serán temas que irán apareciendo en los futuros progresos de la obra de Barsky y Djenderedjian, conscientes de que si se insiste en omitir su consideración, o se menosprecia la importancia de fenómenos de este tipo se ofrece una imagen de nuestro desarrollo agropecuario que se emparenta más al mundo mágico de la Argentina pastoril inventada por las interpretaciones más conservadoras que la lectura desapasionada, que utilice plenamente los instrumentos del análisis científico de la realidad y que no omita abordar las contradicciones típicas de toda formación capitalista y así sirva plenamente para construir a partir de las mismas.

Héctor Walter Valle

The logo for LatBook features the word "LatBook" in a large, bold, serif font. The letters are filled with a dense, stippled pattern, giving it a textured appearance. The text is centered within a rectangular frame that has a similar stippled background.

Revistas Argentinas

Ciclos

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos Latbook (libros y revistas)

Disponible en INTERNET
en la siguiente dirección:

<http://www.latbook.com>